

## CONCLUSIONES

### DE CÓMO EL “ÉXITO” EN GUATEMALA PRODUJO CEGUERA POLÍTICA: ¿PROGRESO O BARBARIE?

La historia del mundo es una casa que  
tiene más escaleras que cuartos<sup>732</sup>

Nadie llore mi ruina ni mi estrago,  
pues será a mi ceniza cuando muera,  
epitafio Aníbal, urna Cártago.

Francisco de QUEVEDO.<sup>733</sup>

La patria es un campamento en el de-  
sierto (texto tibetano)

#### I. REVOLUCIÓN Y DEMOCRACIA DESDE LA PERSPECTIVA DE ESTADOS UNIDOS

Este libro se ha centrado en la política exterior de Estados Unidos en el contexto de los compromisos geopolíticos estadounidenses y los cambios políticos y sociales en América Latina durante un periodo crítico de la Guerra Fría. Como lo muestra la historia, la primera revolución armada radical del siglo tuvo lugar en México. Como resultado de la misma, hubo varios acontecimientos similares, entre los cuales destaca el caso de Cuba por el hecho de que significó una confrontación radical al *statu quo* regional, y porque fue la primera revolución marxista en el continente. Este suceso transformó drásticamente la naturaleza de la estructura social y política de América Lati-

<sup>732</sup> Borne, citado en Robin Blackburn, *After the Fall: The Failure of Communism and the Future of Socialism*, Londres, Verso, 1991, p. 255.

<sup>733</sup> *Obras selectas*, Madrid, Edimat, p. 435. Quevedo, quien vivió en una etapa de decadencia y por ello fue un gran experto en las formas de la envidia y el rencor, pone en boca de Escipión el Africano, el general que venció a los cartaginenses pero fue derrotado por sus compañeros romanos, estas arrogantes palabras. Citado en Octavio Paz, *op. cit.*, nota 10, p. 24.

na. En contraste, aun cuando el proceso reformista guatemalteco fue concebido años antes por sus líderes como una revolución, la Revolución de Octubre en el país fue un proceso de reforma constitucional que apuntaba a la transformación gradual del régimen. No fue una clásica insurgencia militar. No obstante, las medidas llevadas a cabo por los revolucionarios de octubre representaron un cambio radical (por lo tanto, dado el contexto regional, un cambio revolucionario) en términos de la organización de la política y la economía.

Como hemos visto, el carácter constitucional del proceso de transformación sociopolítica estable del régimen de Guatemala fue razón suficiente para desmantelarlo, pues en ese contexto de tiempo y espacio éste constituía tanto una nueva *mentalidad revolucionaria* —que a los ojos de Washington no podía permitirse como ejemplo o propagarse a otros países—, como una amenaza al “nacionalismo lockeano” estadounidense que postulaba al *americanismo* como la principal doctrina para defender los intereses estadounidenses en el extranjero.<sup>734</sup> En este sentido, el *americanismo* es básicamente una oposición a cualquier cambio que no corresponda con el estrecho modelo de gobierno de Estados Unidos, y particularmente a aquel cambio que quienes tomaban las decisiones del momento en Washington juzgaban una amenaza a sus intereses de seguridad.

En el discurso de Estados Unidos el cambio representaba una amenaza intolerable. Siendo que el proceso no era realmente tan radical, a diferencia del de Cuba siete años después, ¿por qué Washington coadyuvó al desmantelamiento del régimen guatemalteco? El planteamiento mismo de esta pregunta es lo que hace al proceso relevante y al ejercicio del poder de Estados Unidos tan intrigante. En este libro se han desnudado las condiciones que hicieron que Washington reaccionara contra una transformación sociopolítica que sólo pretendía la “modernización capitalista” del país (una pretensión nada insignificante, considerando los estándares locales de desarrollo). Si bien esto representó una pérdida para los

<sup>734</sup> Samuel Huntington argumenta que “el americano lockeano es tan fundamentalmente antigobierno que identifica a éste con las restricciones sobre el gobierno. Confrontado con la necesidad de diseñar un sistema político que maximizara el poder y la autoridad no tiene lista una respuesta. Su fórmula general es que el gobierno debería sostenerse en elecciones libres y justas. En muchas sociedades en proceso de modernización esta fórmula es irrelevante. Para ser significativas, las elecciones presuponen un determinado nivel de organización política”. Véase Huntington, *op. cit.*, nota 228, p. 7. Véase también Robert A. Packenham, *op. cit.*, nota 104.

inversionistas estadounidenses, ésta no fue la razón esencial para que el sistema estadounidense concibiera el derrocamiento de Arbenz, sino la necesidad de proteger la seguridad sociopolítica de un continente, supuestamente expuesto a la amenaza soviética.<sup>735</sup> De hecho, lo que amenazaba la “seguridad estadounidense” era tanto el carácter democrático de la transformación del capitalismo en la región como la utilización de un orden sociopolítico capitalista para transformar la política. La democratización hubo de ser ocultada y separada de una realidad política inclemente y de las oportunidades ofrecidas por una franca lucha política interna; de otra manera, la democracia se hubiera convertido en una amenaza a la seguridad nacional. Esto nos lleva a la primera pregunta importante de la conclusión de este libro: ¿ha sido el capitalismo, de la manera en que lo entendemos en Centroamérica y Guatemala, una traición a la democracia?

Lo anterior tal vez pueda complementarse mejor con los argumentos de Louis Hartz. De acuerdo con Hartz, la mayoría de las políticas exteriores de Estados Unidos —incluyendo la de la guerra— han reducido cuestiones sociales complicadas

...a simples líneas del esquema de batalla. Puesto que... la lucha contra el comunismo es, en gran medida, una competencia ideológica por las lealtades humanas, ésta ha llevado al nivel más plano al modelo psicológico americano... Dado que el credo liberal americano es una fe oculta..., obviamente ésta no es una teoría que los otros pueblos puedan fácilmente apropiarse o entender. Su mismo absolutismo depende, desde luego, de este aspecto de su carácter. Al mismo tiempo, esto no es antitético... con la cruzada “americana” basada en el ánimo que el mismo carácter del pensamiento americano inspira.<sup>736</sup>

735 Aunque Castillo Armas le devolvió la tierra a la UFCO, siguió con algunos aspectos de la reforma agraria como los había instituido Arbenz. Fue una prioridad del Estado mantener un activo tan estratégico, y aparentemente Washington no se quejó. Con respecto a los casos cubano y chileno, la prioridad económica del primero ha sido obviamente secundaria para Washington, que prefirió seguir la ruta del bloqueo antes que restablecer vínculos con la isla para recuperar los activos económicos de Estados Unidos. En Chile, Pinochet mantuvo el control sobre la industria del cobre y reservó una participación del 10 por ciento de la ganancia total de las exportaciones de este recurso para el Ejército. A la luz de estos ejemplos, la relegación del “interés económico” es conspicua. Una discusión sobre el problema estadounidense-cubano se encuentra en mi artículo “Cuba y Estados Unidos: ¿fin del muro del Caribe o regreso a las trincheras?”, *Problemas del Desarrollo* 28, núm. 110, julio-septiembre de 1997.

736 Hartz, Louis, *The Liberal Tradition in America*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1991, p. 305.

Hartz estudia más a fondo el problema de la revolución y el contrastante esquema que ha usado Estados Unidos para justificar su presencia en los asuntos internacionales, especialmente cuando se trata de respuestas intolerantes a regímenes revolucionarios en el poder (que pueden ser expresión de lo que él llama “el peligro de la unanimidad”). Hartz define todo esto como una “manifestación del lockeanismo irracional o del «americanismo», para usar una expresión favorita de la legión americana”. Asimismo, Hartz se pregunta si “¿no ha sufrido Locke, al mismo tiempo, un golpe relativista?”<sup>737</sup> En línea con el tema del tradicionalismo, Hartz sugiere que:

No sólo se nos ha dicho que nuestra historia nos provee de una “propuesta americana” aplicable a todos los países del este y del oeste, sino que también se nos ha dicho que somos nosotros, y no los rusos, quienes somos la nación “más revolucionaria” en la tierra. Nada está más lejos de la verdad[...] Es la ausencia de una revolución social lo que está en el corazón de todo el dilema americano. Esto no sólo provoca la calidad de nuestro pensamiento absoluto —Locke nunca ha sido contrastado con Filmer, y por tanto nunca con Marx—, sino que en toda una serie de formas específicas esto entra en nuestra dificultad de comunicación con el mundo[...] Ninguna insularidad en el mundo occidental, ni siquiera la inglesa, ha sido tan aguda como la americana: ningún involucramiento internacional, otra vez, ni siquiera el inglés, ha sido tan profundo.<sup>738</sup>

¿Se produce esta participación por el temor a “perder” el sentido de *identidad americana*? (la cual está, en este análisis, íntimamente ligada al ejercicio de la supremacía). Así, ¿se defendió la seguridad para salvaguardar un principio fundamental tendiente a la manutención de un orden (económico y político), o como resultado del sentido de inseguridad estadounidense en cuanto a sus principios nacionales fundacionales como opuestos a los de los otros? Con todo, incluso aunque Estados Unidos pudiera haber permanecido extremadamente liberal y antirradical en los asuntos mundiales, estas experiencias y creencias hacen difícil

...para los americanos percibir, entender y apreciar el papel positivo que el radicalismo y la revolución, con el intenso conflicto y violencia que con frecuencia los caracteriza, pueden jugar bajo determinadas circunstancias en otros países. La típica respuesta americana a las grandes revoluciones históricas

<sup>737</sup> *Ibidem*, pp. 11 y 13.

<sup>738</sup> *Ibidem*, pp. 305-306, 284.

cas, por ejemplo, ha sido inicialmente favorable, y luego, “cuando éstas no emulan el patrón americano de conducir rápidamente a sociedades democráticas disciplinadas”, la respuesta es de disgusto o incluso hostilidad.<sup>739</sup>

R. A. Packenham sostiene que la política de Estados Unidos ante las revoluciones “parece haber sido reaccionar negativamente a los sistemas políticos genuinamente revolucionarios”.<sup>740</sup> En este sentido, Hartz muestra un enfoque que apunta al otro lado de la  *cuestión americana*: “Desde la Revolución francesa en adelante, la respuesta americana a las revoluciones en todas partes es como una aventura amorosa que se va volviendo cada vez más ácida, como una infatuación que siempre acaba en el desencanto”.<sup>741</sup>

Si bien, todo el tema de la intromisión estadounidense en los procesos revolucionarios se relaciona con el problema de la distribución del poder (“los americanos ponen más atención en cómo se distribuye el poder que sobre cuánto poder se está hablando”),<sup>742</sup> este acercamiento se realiza con base en la consideración de que “sólo superficialmente la sociedad americana estaba dividida y en conflicto, pero estaba profundamente unificada y había consenso en torno a la asunción desarticulada de la cultura migrante de los lockeanos, la tradición liberal”.<sup>743</sup> El arribo de Estados Unidos a la modernidad fue el resultado de un esfuerzo menor al esperado, y por lo tanto, esta nación tuvo la ventaja de alcanzar el “estado de democracia sin haber tenido que pasar por una revolución democrática”, y sus ciudadanos “eran nacidos iguales y nunca tuvieron que preocuparse por crear la igualdad”, como argumenta Alexis de Tocqueville. Al mismo tiempo, no hubo instituciones sociales feudales que superar para establecer el poder en un grado en el que su “sociedad pudiera desarrollarse y cambiar, sin tener que vencer la oposición de clases sociales con un interés depositado en el *statu quo* económico y social”.<sup>744</sup> En este contexto, es posible coincidir con Packenham cuando sostiene que:

739 Robert A. Packenham, *op. cit.*, nota 104, p. 138.

740 *Ibidem*, p. 140.

741 Citado en *ibidem*, p. 139.

742 *Ibidem*, p. 153.

743 *Ibidem*, pp. 153 y 154.

744 Huntington, *op. cit.*, nota 228, p. 126. Véase también Louis Hartz, *op. cit.*, nota 736, p. 43.

...la historia americana no ha sido propicia desde el punto de vista de facilitar a los americanos que entiendan y aprecien la necesidad en los países del tercer mundo de acumular poder y autoridad. Puesto que los americanos nunca han tenido que preocuparse demasiado por el problema de crear un gobierno poderoso, de acumular una cantidad grande de poder, a fin de modernizarse, han sido peculiarmente ciegos a los problemas de crear autoridad efectiva en países en proceso de modernización.<sup>745</sup>

Lo anterior expresa la modernidad de una sociedad capitalista que fue consecuencia de la “ausencia de instituciones feudales”, y que demostró ser incapaz para medir el problema del poder en un contexto revolucionario externo. Es más, si la revolución significa, en la mayoría de los casos, desafiar al *statu quo* y el logro de condiciones esenciales para la modernización económica y la democracia, esto representó una intersección poco probable con los intereses de Estados Unidos, especialmente cuando este país señala al problema de la seguridad como su primera y última prioridad. Tal suceso trajo consigo un choque entre un mundo y el otro, y entre estrategias rivales para obtener el progreso.

La importancia conferida a garantizar la seguridad —discurso incluido— hizo que disminuyeran relativamente las prioridades económicas en el ejercicio de las políticas de Washington en Guatemala. Tal vez por esta misma razón el tema del capitalismo en el nivel local fue también insignificante. Durante un tiempo se vio la necesidad de asegurar los mercados como una consecuencia de la seguridad nacional. Una vez que esta etapa estratégica quedara salvada, entonces era posible reunir el excedente de la “producción capitalista”. Ante todo, tenía que imponerse en Guatemala un régimen de seguridad nacional, de lo que se desprende la insignificancia de la democracia. En pocas palabras, la economía (capitalista) y la estabilidad del sistema político no eran en sí mismas prioridades para Washington. La modernidad se vio eclipsada por la obsesión de asegurar los principios de la seguridad, por un alto grado de nacionalismo narcisista y por la dudosa idea posfeudal estadounidense de que cualquier cambio revolucionario —incluso el más moderado— era radical de por sí (y amenazador), en tanto que romper con la tradición americana no era una buena respuesta a la expectativa de Washington en el cambio social en América Latina.

745 Robert A. Packenham, *op. cit.*, nota 104, p. 154.

Por otro lado, el mismo hecho de la intervención estadounidense ocurrida en Guatemala en 1954 nos da las razones esenciales para inquirir en el grado de contradicción que existe entre la esfera socioeconómica del proyecto capitalista moderno y sus subsidiarias regionales. Como se ha demostrado, la intervención en Guatemala destruyó una transformación sociopolítica reformista que estaba siendo eficientemente llevada a cabo por demócratas liberales dentro de un “contexto capitalista”. La intervención de Estados Unidos contradujo la sustancia del discurso oficial (democrático) y dejó a toda una región de la esfera estadounidense expuesta a las fuerzas de actores extremistas, que llevaron tanto al desmantelamiento de la política como a un desorden bárbaro y extendido. Esta aspiración fundamental de la defensa de la seguridad a cualquier costo permitió a Estados Unidos culminar una *misión* y asegurar el terreno ideológico y territorial para imponer las políticas de poder en la región; no obstante, esto implicó una contradicción evidente entre el discurso y la realidad.

¿Cómo influyó la “misión cumplida” del *Pbsuccess* en la política futura de Estados Unidos en la región? La “liberación” guatemalteca presagió la fisonomía de las futuras operaciones de este tipo en Latinoamérica, como la de Cuba en abril de 1961. Este éxito llevó a Estados Unidos a una sobreestimación de la importancia de las operaciones encubiertas en la zona, lo que a su vez representó un error estratégico en el largo plazo, a expensas de la seguridad de América Latina, surgido de la imposición de la bipolaridad de la Guerra Fría. Desde la directiva NSC-68 en adelante, la política de Estados Unidos en América Latina fue parte de la respuesta de esa potencia al soviétismo percibido como una amenaza, y Guatemala fue un primer espacio regional para la bipolaridad llevada al extremo. Es importante entender que esta política (en Guatemala) coincide en el tiempo con la reproducción de una *identidad* en Estados Unidos. Por lo tanto, la “cultura de la seguridad” es un componente significativo de la identidad estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial.

Es paradójico que Guatemala fuera (y se convirtiera en) “demasiado importante”, a pesar de que la amenaza que representaba en sí era muy pequeña. Es por ello que tuvo que confrontarse recurriendo a una racionalidad de poder (puesto que no fue posible demostrar su naturaleza amenazante intrínseca) y, por tanto, sacrificar el razonamiento político (una solución razonable no funciona para un propósito irracional). Esto provocó, entre otras cosas, que se diera primacía a las soluciones militares para resolver crisis sociopolíticas, uno de los aspectos más importantes del

fracaso histórico de la política de Estados Unidos en la región. Richard Barnet estableció en *Economy of Death*, que entre 1946 y 1968 los contribuyentes de Estados Unidos gastaron, en nombre de la seguridad nacional, más de un trillón de dólares:

...cada año, el gobierno federal gasta más de 70 centavos por cada dólar de su presupuesto en guerras presentes, pasadas o futuras. El pueblo americano destina más recursos a la maquinaria de guerra de lo que gastan todos los gobiernos locales, estatales y federales en salud, hospitales, educación, tercera edad y beneficios de retiro, asistencia y beneficencia pública, desempleo y seguridad social, vivienda y desarrollo comunitario y el apoyo a la agricultura. De cada dólar de impuestos, aproximadamente 11 centavos se dejan para la construcción de la sociedad americana.<sup>746</sup>

Esto representa toda una economía de guerra, un rumbo que aún no se ha detenido, pese al trágico fin de la Guerra Fría. El predominio del complejo militar industrial parece haberse establecido a finales de la administración de Eisenhower, como lo señalan los capítulos precedentes. También los documentos no clasificados ofrecen un testimonio esencial de la severa escalada que se dio mientras se diseñaban las políticas de la Guerra Fría en su conjunto y en relación con las esferas de influencia de Estados Unidos. Como se ha mostrado en este trabajo, Latinoamérica fue elegida como uno de esos contextos regionales de escalada militar.

## II. LA GEOPOLÍTICA CONTRA LA RACIONALIDAD POLÍTICA

Uno de los argumentos de este libro ha sido que, como señala Clive Ponting, contrariamente a los esfuerzos de Estados Unidos, es del todo insuficiente “reducir las complejidades de la historia del mundo en el siglo XX a un simple conflicto entre dos sistemas políticos y económicos diferentes”.<sup>747</sup> Al conducir la acción política siguiendo esta interpretación, se expuso a la historia a un retroceso inevitable. A partir de la lucha ideológica bipolar derivada del impacto de la Segunda Guerra Mundial, se dejó expuesta a las arbitrarias fuerzas ideológicas a toda una política

<sup>746</sup> Richard J. Barnet, *The Economy of Death*, Nueva York, Atheneum, 1969, p. 5.

<sup>747</sup> Clive Ponting, *Progress and Barbarism: The World in the Twentieth Century*, Londres, Chatto & Windus, 1998, p. 4.

regional. Estados Unidos extrapoló su obsesión con su cacería de brujas doméstica y la llevó a los confines del escenario regional; Centroamérica, y particularmente Guatemala como el caso de prueba en cuestión, fueron sometidas a una severa forma de experimentación desde afuera. Este tipo de ejercicio prevaleció durante los años de la Guerra Fría, pero especialmente durante los años más críticos del macartismo, que fueron también los primeros y más importantes años de la administración de Eisenhower. Como también se demostró en las secciones precedentes de este libro, el propio presidente y su secretario de Estado se vieron expuestos a esta crisis estructural, que se convirtió en una confusión ideológico-política, por no mencionar una vergüenza.

En este sentido, se colocó a los axiomas geopolíticos (la defensa de la seguridad continental) como los principios estratégicos esenciales para promover el razonamiento ideológico de los hacedores de la política exterior de Estados Unidos (el anticomunismo y el antisovietismo). Al mismo tiempo, las herramientas geopolíticas impusieron límites a una política exterior constructiva, en vista de la creciente tendencia hacia el cambio sociopolítico en el continente en su conjunto, pero más particularmente en Centroamérica y Guatemala. Como se vio en los capítulos 2 y 3, el ejercicio moderno de la política exterior requiere de una interacción dialéctica entre los principios de las políticas del poder y los axiomas geopolíticos. Con estas pautas, se expusieron y ejecutaron las políticas del poder. El hecho de que Estados Unidos fuera el único poder real en la región indica otra discordancia decisiva —el tener un único grado de control sobre los trabajos de los panamericanistas demuestra el desempeño disfuncional histórico de la OEA—, misma que convirtió a su ejercicio del poder en una forma de tiranía. Dada la inexistencia de un poder externo alternativo, la insistencia en convertir a Guatemala en un Estado colchón o amortiguador (*buffer state*) fue extremista. El modelo de la política de poder que Estados Unidos instituyó en el orden interamericano (occidentalizado) rompió —autoritarismo incluido— el precario equilibrio regional derivado de los acuerdos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El balance de poder fue importante en América Latina en tanto constituía un componente de la contención. De otra manera, en ausencia de una amenaza soviética, no la afectaba porque no había ningún desequilibrio que corregir. Podemos recordar, citando una vez más las palabras de Martin Wight: “La palabra «balance» había perdido totalmente su significado de

«equilibrio». Menor aun era la noción de estabilidad...”.<sup>748</sup> Por lo tanto, al parecer era la naturaleza de la distribución del poder el problema central de la estabilidad regional.

Ciertamente, esta conceptualización no concernía a todo el “hemisferio occidental”, sino a “Europa occidental”.<sup>749</sup> Sin embargo, esto no oculta una realidad (local): la negación, dentro del ámbito de la política exterior, de la tolerancia y del pluralismo como los dos principios esenciales de la democracia liberal; no la oculta si consideramos la incompatibilidad potencial que había entre esta última y los principios del balance de poder. En cierta medida, dentro del contexto de un injusto concierto global organizado, eran mutuamente excluyentes. Si algo significa la occidentalización (*americana*, en tanto opuesta al orden soviético), es que la seguridad debía ser el fundamento del “nuevo” orden en el contexto de una lucha por el poder caótica y globalizada. Sin embargo, cuando un actor marginal, como Guatemala, recurría a la “occidentalización” como una fuente de desarrollo democrático para realizar una reforma constitucional, esta acción no era válida porque resultaba disfuncional para los propósitos de la supremacía.<sup>750</sup> De ahí proviene la “coherencia” que existía entre los objetivos reales de la política de Washington y los medios para alcanzarlos, que a su vez también esclarecen la contradicción recién señalada entre el discurso de la democracia y la realidad. Alguien —particularmente los débiles— debía pagar el precio histórico e inevitable del engaño, pero todos los actores involucrados, grandes y pequeños, estaban inevitablemente expuestos a las consecuencias del juicio histórico. Este precio se veía especialmente reflejado, como ocurrió en Guatemala, en el intervencionismo como la respuesta final. La paradoja desplegada en este libro, que ha estado presente en la historia de la política exterior estadounidense en Latinoamérica, es en gran medida resultado de un pensamiento geopolítico: éste fue el comienzo de un desorden estructural progresivo.

### III. LA CONSTRUCCIÓN DE “SÍ MISMO” Y DEL “OTRO”

Como se demostró en las partes segunda y tercera, el empeño puesto por Estados Unidos en imponer los principios de su seguridad en Guatemala en

<sup>748</sup> Véase Wight, “The Balance of Power”, *op. cit.*, nota 222, p. 155.

<sup>749</sup> Me estoy refiriendo a los tiempos de la intervención en Guatemala.

<sup>750</sup> Para más información sobre esta dicotomía, véase más adelante. Defino occidentalización aquí, como el marco filosófico político liberal para alcanzar el cambio sociopolítico.

nombre de la defensa del continente tuvo un efecto dramático sobre los asuntos de Guatemala y del panamericanismo. Estados Unidos retrató a *América* como si fuera lo mismo que *America* y, así, los intereses de ambos fueron vistos en el mismo *contexto* como parte de un todo. La política exterior de Estados Unidos estaba basada en la metonimia.<sup>751</sup> Aun así, la elocuencia del panorama continental contradecía el axioma: las “dos Américas” representaban dos puntos de vista de su condición de pertenencia radicalmente opuestos. Por lo tanto, al final la apropiación de “América” (ontológica y políticamente) fue poco efectiva en términos de las metas estratégicas de largo plazo de Estados Unidos entre las cuales, supuestamente, estaba la de asegurar la estabilidad política. A esto último Estados Unidos no le prestó la atención apropiada y persistió en su necia política de imponer la necesidad de defender (y *crear*) seguridad. Esta situación produjo una conceptualización ahistórica de las realidades políticas y sociales en la región por parte de Washington y sus aliados locales, lo que resultó en un continuo involucramiento en los asuntos latinoamericanos.

La existencia de *America* como un actor continental supremo y un *hegemon* global creó varios problemas para la libertad en el continente. El síndrome del país “cazado” o invadible desde el exterior produjo por lo general, durante la Guerra Fría, una atmósfera tensa, y las políticas exteriores de Estados Unidos estaban atrapadas en esta dinámica. Consecuentemente, en el contexto del proceso de construcción de la política exterior en el *patio trasero americano*, esta circunstancia alteró dramáticamente a los dos principales pilares ideológicos de la tradición política estadounidense: el libertarismo y el igualitarismo. Paz argumenta que la contradicción de Estados Unidos —lo que le dio vida y podría causar su muerte— puede ser resumida en un par de términos:

Es al mismo tiempo una democracia plutocrática y una república imperial. La primera contradicción afecta las dos nociones que fueron el eje del pensamiento político de los padres fundadores. La plutocracia provoca y acentúa la desigualdad: la desigualdad a su vez convierte las libertades políticas y los derechos individuales en nada más que ilusiones. Aquí, la crítica de Marx fue directo al corazón del asunto. Dado que la plutocracia de Estados Unidos, a diferencia de la romana, reconocidamente crea abundancia, es capaz de disminuir y aligerar la carga de las diferencias injustas entre los individuos y las clases. Pero lo ha hecho mediante el traslado de las desigualdades más escandalosas de la escena nacional a la interna-

751 Véase capítulo quinto. Metonimia: tropo que consiste en designar una cosa con el nombre de otra tomando el efecto por la causa o viceversa.

cional: los países subdesarrollados... La segunda contradicción, íntimamente ligada a la primera, deriva de la diferencia entre lo que Estados Unidos es internamente —una democracia— y lo que sus acciones al exterior lo hacen ser —un imperio. Libertad y opresión son las caras opuestas y complementarias de su ser nacional. Del mismo modo en que la plutocracia comienza por dar pie a la desigualdad y termina estorbando a la libertad, las armas que el Estado imperial blandea contra el enemigo en el exterior son, por un proceso imperceptible... inevitablemente convertidas en instrumentos que la burocracia política usa contra los ciudadanos de mente independiente. La primera contradicción puso fin a las instituciones republicanas de la Roma antigua; la segunda, un fin a la vida misma de la Atenas antigua como ciudad independiente”.<sup>752</sup>

En el siglo XX, los descendientes de los colonos del Mayflower confundieron la soledad original de sus ancestros, lo que les permitió traducir sus convicciones religiosas en normas de vida con una forma extrema de aislamiento nuclear, dentro de una atmósfera sin restricciones. Paradójicamente, dentro del mundo político moderno y en relación con la realidad latinoamericana, el aislacionismo significa también la negación —cuando se presenta la necesidad— de libertades en beneficio de la imposición de un modelo de poder. Este tipo de aislamiento moldeó un balance *eficiente* del poder. De ahí la pertinencia de explicar la “exclusión hemisférica” (antisoviética) como una cobertura para la intervención regional.<sup>753</sup>

Incidentalmente, al instrumentar las reglas impuestas por el balance del poder y, por tanto, negar los principios esenciales de la democracia liberal, Estados Unidos estaba también anulando la existencia de un agente civilizatorio en el proceso de construcción de la política exterior. En consecuencia, esta dinámica se propagó entre los actores políticos latinoamericanos en la forma de una conducta antidemocrática, incivilizada y autoritaria, lo que por lo general ha tenido buenos resultados (para la potencia) en términos de la búsqueda de supremacía estadounidense. Estos actores entendieron las acciones de Estados Unidos como la emergencia de una “etapa conveniente” de *desorden* y vieron la situación como una oportunidad para adquirir

752 Paz, Octavio, *op. cit.*, nota 10, pp. 155-157.

753 Clive Ponting argumenta que “el hecho de que uno de ellos (de los dos poderes) saliera eventualmente victorioso nos dice algo acerca de la historia del mundo, pero está muy lejos de ser la historia completa”; véase Ponting, Clive, *op. cit.*, nota 747, p. 4. La arrogancia —la abrumadora arrogancia que induce al desastre— era inevitable: el uso arrogante del poder siempre exige un precio, en este caso a través de un intermitente aislamiento. Esta arrogancia vale para los dos superpoderes; sin embargo, fue el “ganador” de la confrontación de la Guerra Fría, Estados Unidos, quien actuó más acorde con ella.

diferentes tipos de beneficios a lo largo del periodo. En última instancia, este resultado se cristalizó en el desmantelamiento de la política y de los sistemas políticos (asumiendo que hubiera alguno), y en la instalación de regímenes militares autoritarios que en la mayoría de los casos —como en Guatemala— llegarían a durar varias décadas. La obsesión neocolonial de Washington por prevenir la consolidación de una clase capitalista madura en América Latina vía el control de los principales recursos del desarrollo económico y la modernización de la política fue contraproducente. Dicha obsesión creó, paradójicamente, un escenario ideal para las “revoluciones inevitables”. Estas últimas representaron el resultado extremo al que se expuso a la región luego de la alianza de Estados Unidos con los actores políticos nacionales, fanáticos antimodernos. Mi argumento ha sido que Estados Unidos y sus seguidores locales apuntaban a la apropiación de los frutos de la “modernidad” para sí mismos; el prerequisite para esto fue que no hubiera “demasiado” progreso político o económico. Aunque la postura táctica de Arbenz (*vis-à-vis* Estados Unidos) no fue abiertamente antiestadunidense, considero que la aparición de la Revolución de Octubre expresó viejos reclamos nacionalistas.<sup>754</sup> En el caso del golpe a Arbenz, se inauguró un paradigma de relaciones interamericanas en beneficio de la seguridad.<sup>755</sup>

Se creó un *Otro* mediante un impulso intervencionista en Centroamérica que no discriminó entre un caso y otro (toda Centroamérica fue vista como un *desastre* crítico e insufrible, y peor aun los indígenas), y se en-

754 Véase la cita de Kennedy sobre las “revoluciones inevitables” en la Introducción. El presidente Kennedy fue mucho más maquiavélico en ese tiempo de lo que se pensó, y sus contradicciones en América Latina fueron críticas. La ironía fue que durante la transición gradual (aunque lenta) de la economía política caótica del autoritarismo, a los tiempos de la formación de una atmósfera relativamente conducente a conseguir orden y progreso, miembros significativos de las elites gobernantes de América Latina, para satisfacción de Estados Unidos, comenzaron a asistir cada vez más al sistema educativo de Estados Unidos, a las mejores escuelas de entrenamiento en negocios, economía, política y lo militar. Uno de los primeros ejemplos de esto es la generación chilena de los “Chicago Boys”. Durante los años sesenta y setenta, y de manera más clara desde los ochenta en adelante, éste fue un fenómeno difundido en los países más avanzados. Roderic A. Camp ha producido un ejemplo representativo sobre el caso mexicano; véase Camp, *The Making of a Government: Political Leaders in Modern Mexico*, Arizona, University of Arizona Press, 1984.

755 En lo que parece ser la opinión generalizada, el derrocamiento de Arbenz se realizó “como tal vez el ejemplo más abierto y enfático del intervencionismo estadounidense de la Guerra Fría que se haya visto en América Latina”. Véase Dunkerley, “Guatemala”, en Bethell y Roxborough (eds.), *Latin America between...*, *op. cit.*, nota 322, p. 300.

contró en la necesidad de recurrir a un medio para disfrazar la realidad (Centroamérica era, después de todo, “nuestra pequeña región en el otro lado...”). Aunque éste no es el lugar para aclararlo, por supuesto que hay diferencias importantes de un caso a otro. Bulmer-Thomas ha argumentado que “[no] por primera (o última) vez en América Central, el resultado en una república (Guatemala) tuvo un impacto profundo en otras partes (Honduras), y ambos sucesos trajeron implicaciones de largo plazo mayores para la democracia y el movimiento laboral en las dos repúblicas”. Aunque parcialmente concuerdo con Bulmer-Thomas, permítaseme decir que cuando en este tema se antepone la discusión del autoritarismo como un fenómeno difundido, esto debe hacerse a la luz de la crisis generalizada que experimentaron tanto las sociedades nacionales como los Estados de la región como parte de su transición hacia el autoritarismo. Los casos de El Salvador y Nicaragua son dos buenos ejemplos, por no decir el de Argentina (1976), el de Brasil (1964), Uruguay (1973) y el chileno (1973), entre muchos otros. Estoy de acuerdo con Roxborough en que “a cada una de las formas de desarrollo económico corresponde una forma particular de política y una forma de aparato estatal”. Sin embargo, esta aproximación generalmente hipotética no contradice el hecho de que se han producido intentos de realizar una reforma económica radical como consecuencia de resultados autoritarios a través de todo el espectro latinoamericano.<sup>756</sup> Dado que el postulado ideológico era dominante en la defensa de los intereses de seguridad, y a la luz de la polarización de la Guerra Fría, Estados Unidos fabricó amenazas extranjeras, entre las cuales Guatemala fue la principal de la Latinoamérica de la posguerra. Como resultado, el proceso de política exterior de Estados Unidos exhibió elementos de constructivismo.<sup>757</sup> Tratar

<sup>756</sup> Bulmer-Thomas, *The Political Economy of Central America since 1920*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, p. 140. Sobre militarismo en América Latina, véase Roxborough, *op. cit.*, nota 228, capítulo 8, y mi artículo “La frontera movediza: el ejército y la política”, *Fractal*, núm. 8, 1998.

<sup>757</sup> El constructivismo se ha discutido en este trabajo en términos de la importancia del discurso para determinar *quiénes* son los actores y *qué* reglas deben seguir. El *lenguaje* no es una clave para el análisis textual, sino el disparador de la acción: no sólo refleja el sentido sino que es, de hecho, también práctica y comportamiento. Este tema se ha discutido en los más recientes debates de relaciones internacionales. Véase Booth, Ken, *The Cold War and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Booth, Ken y Smith, Steve (eds.), *International Relations Theory Today*, Cambridge, Polity Press, 1995; y Steve Smith, Ken Booth y M. Marysia Zalewski (eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

con el *Otro*, entendido como la *diferencia insoportable*, fue la siguiente asignatura a cumplir. Aunque el cristianismo bárbaro de los conquistadores ya se había dirigido a esta cuestión, el principio heredado por *America* se perfeccionó en los siguientes ejercicios (modernos) de poder exterior de Estados Unidos; después de todo, “la emergencia de *America* dentro de la historia del mundo es producto del periodo de transición entre lo medieval y lo moderno”.<sup>758</sup>

En el caso de Guatemala, esto se logró por medio de distorsionar la realidad política de este país, e insertar su circunstancia geopolítica regional dentro de una esfera conceptualizada como soviética. De esta manera, Guatemala se convirtió en una “amenaza comunista” para la “integridad política” continental y de Estados Unidos. A partir de los datos de archivos históricos analizados en los capítulos anteriores es posible reconocer que incluso funcionarios estadounidenses, como J.F. Dulles, aceptaron que, pese a la imposibilidad de probar una intrusión soviética, era importante imponer esta idea en beneficio del “sentido común”. La “liberación” de la “red Guatemala” se conseguía, entonces, sólo sobre la base de evidencia “circunstancial”. Sin embargo, al no haber evidencia, la decisión de intervenir debía ser de carácter político y basada en “nuestra profunda convicción” de que “tal vínculo debía existir”.

Fue así como Washington pudo alcanzar la fórmula geopolítica: un “contexto” (regional) para la política (del poder). De esta manera se aseguró una *atmósfera* para “proteger” su seguridad (es decir, la “integridad ideológica”). La verdad, sin embargo, era que siendo un territorio relativamente poco expuesto al gran juego geopolítico de Latinoamérica, en los tiempos de Arbenz no representaba ningún peligro en lo que a una amenaza soviética se refiere. El peligro real, lo sabría Estados Unidos más tarde (demasiado tarde), era la onerosa pérdida de la fuerza democrática nacional en la región que había causado el intervencionismo. Guatemala se convirtió (trágicamente) en el primer suceso moderno de esa dinámica, en la que hoy en día perviven condiciones bastante similares de descomposición sociopolítica a las de los años cincuenta.

Es importante no pasar por alto las consecuencias políticas extremas que prevalecieron en Guatemala como resultado de la imposición del *orden americano*. La más importante fue el etnocidio guatemalteco que

758 Véase David Campbell, *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity*, Manchester, Manchester University Press, 1992, p. 106 (cursivas mías).

tuvo lugar en los años siguientes al golpe. Un informe dado a conocer a finales de los años noventa, “Guatemala: memoria del silencio”, producido por la Comisión de Clarificación Histórica Guatemalteca, comúnmente referida como la Comisión de la Verdad, reveló que desde finales de los años cincuenta hasta los noventa hubo 42,000 víctimas de violaciones a los derechos humanos, de las cuales 29,000 fueron “ejecutadas” o “desaparecidas”. En total los muertos y desaparecidos “fueron más de 200,000 personas, la mayoría de ellas indios mayas”. La comisión, cuyo director fue el historiador alemán Christian Tomuschat, declara en este informe que “93 por ciento de las violaciones documentadas fueron cometidas por el ejército y los grupos paramilitares, 3 por ciento por la guerrilla y otro 4 por ciento por actores no definidos”. El genocidio, que fue “monitoreado por los servicios de inteligencia de Estados Unidos —la CIA— y ordenado por los altos comandos militares, fue emprendido por el servicio de espionaje, en particular el llamado G-2 y el Estado Mayor Presidencial (EMP), el cuerpo militar a cargo de proteger al presidente”, quienes fueron directamente responsables, en palabras de Tomuschat, de “la exterminación masiva de indefensas comunidades mayas enteras, incluyendo niños, mujeres y ancianos, que fueron acusados de tener vínculos con la guerrilla; la crueldad de los métodos usados causa horror a la conciencia moral del mundo civilizado”.<sup>759</sup> Este informe señala que las instituciones políticas guatemaltecas fueron sistemáticamente debilitadas desde finales de los años cincuenta en adelante: “En 1961 el ejército tenía 6 zonas militares en el país... en 1983, tenía 23. De acuerdo con el estudio citado por la comisión, la meta «fundamentalista» era crear una sociedad

759 Véase Comisión de Esclarecimiento Histórico de Guatemala (CEH) (1999). Esta comisión fue designada en 1996 por el gobierno guatemalteco, una vez que se acordó la paz con las organizaciones guerrilleras. Su director fue Christian Tomuschat; otros miembros son eminentes personalidades guatemaltecas, como Alfredo Basells y Otilia Lux. La comisión se ocupa de compendiar los sucesos que tuvieron lugar desde los años sesenta en adelante. Véase también “Estado y Ejército, culpables del genocidio en Guatemala”, *El Universal*, 26 de febrero de 1999 (sección internacional). Véase también “Guatemala Truth Report”, *The Guardian*, 26 de febrero de 1999, p. 16. Un enfoque controversial sobre este informe se puede encontrar en Peter Canby, “The Truth about Rigoberta Menchú”, *The New York Review of Books*, núm. 6, 8 de abril de 1999. Este informe fue precedido por “Guatemala: nunca más”, véase capítulo cuarto.

altamente reglamentada y organizada, incluyendo a las más pequeñas unidades poblacionales. Todo bajo el control militar”.<sup>760</sup>

En consecuencia, y más allá de ser un estudio de las complejas especificidades que vinculan (y dividen) al capitalismo y la democracia, la soberanía y la justicia, y en última instancia, el orden y la democracia, éste ha sido también un libro sobre la polaridad entre el progreso y la barbarie dentro del sistema internacional;<sup>761</sup> y más particularmente, dentro del contexto de la política exterior de un país dominante hacia una nación periférica. En gran medida ha sido un estudio de las dificultades que enfrenta la marcha hacia la modernidad nacional al tratar con el poder supremo.<sup>762</sup> Al referirme al progreso y la barbarie como dos principios antitéticos de civilización examino, en el contexto de esta interpretación de Guatemala *vis-à-vis* Estados Unidos, en qué grado una política exterior omnipresente se vuelve disfuncional en términos de los fundamentos esenciales de un orden *civilizatorio*. Guatemala representa un paradigma de las bárbaras consecuencias del extremismo como resultado de la trágica imposición del autoritarismo, levantando serias dudas en cuanto a la utilidad real que han tenido las políticas consensuadas en la modernización del sistema político. Este conflicto es aun más destacable cuando se considera que tuvo lugar en una de las regiones del globo en

760 Véase CEH (1999), “Debilitamiento de la institucionalidad estatal”, p. 2; y Francisco Beltranera Falla, “Guatemala: pretorianismo y democracia estratégica” (tesis de posgrado), Guatemala, Universidad Francisco Marroquín, 1992, pp. 4 y 7.

761 Hace algunos años, el 11 de marzo de 1999, el presidente Clinton reconoció el oscuro y largamente enterrado episodio de la política exterior estadounidense: su apoyo a los brutales gobiernos de derecha en Guatemala durante la larga guerra civil. Clinton declaró en Guatemala: “Para Estados Unidos es importante que yo establezca claramente que el apoyo a las fuerzas militares y las unidades de inteligencia comprometidas con la violencia y la represión generalizada estuvo mal y Estados Unidos no debe repetir este error”. Véase “US «Sorry for Death Squads»”, *The Times*, 12 de marzo de 1999, p. 12; véase también “American Reckoning, Clinton Finally Says Sorry”, *The Guardian*, 13 de marzo de 1999 (página editorial). Documentos emitidos por NSA en Washington el mismo mes refuerzan las afirmaciones del involucramiento oficial de Estados Unidos en el etnocidio. Por ejemplo, en un memo de 1966, un oficial de seguridad del Departamento de Estado dijo que estableció una “casa segura” dentro del palacio presidencial de Guatemala, donde los agentes de seguridad podrían encontrarse con sus contactos. Las instalaciones se convirtieron en cuarteles para oficiales que hacían la “guerra sucia” de Guatemala.

762 Argumento que perseguir la soberanía nacional debe hacerse cumpliendo primero con la justicia; igualmente, el orden nacional sólo será posible cuando el fortalecimiento de los cimientos democráticos sea consumado. En última instancia, “un orden soberano” será el resultado del cumplimiento de las precondiciones anteriores.

donde el frágil subdesarrollo ha tenido un valor adicional significativo. En este contexto, surge una pregunta alternativa: ¿el ejercicio de estas permanentes políticas ortodoxas de la Guerra Fría en Guatemala y la región representó la antítesis de lo que ahora entendemos como modernidad capitalista?

Uno de los objetivos centrales en este libro ha sido explorar a través del prisma guatemalteco, y en el contexto de una realidad política moderna industrializada, en qué medida se puede ver la relación interamericana como parte de la historia del progreso, entendido como el desarrollo de condiciones sociopolíticas que permitan una distribución justa de los frutos del crecimiento económico y la modernidad democrática. En pocas palabras, ver si puede haber un contexto latinoamericano para la elaboración de condiciones económicas, políticas y culturales que hagan posible un virtuosismo nacional.<sup>763</sup>

#### IV. EL IMPACTO SOBRE GUATEMALA

¿La intervención en Guatemala negó la democracia política en el conjunto del continente? Sí y no. También provocó tanto una revolución recurrente (es decir, el disparador de una aspiración democrática en potencia, aunque después veríamos, confrontada consigo misma) como otras intervenciones consecutivas: un círculo vicioso. Por un lado, Guatemala y otros casos que le siguieron, como Chile en 1973, parecían demostrar que la intrusión de Estados Unidos era en gran medida responsable de alterar el curso de la política.<sup>764</sup> Por otro lado, la Revolución cubana de

<sup>763</sup> Los temas de progreso y modernidad referidos aquí han sido enfatizados repetidamente a lo largo de todo el libro.

<sup>764</sup> Material reciente parece demostrar claramente la intervención estadounidense en Chile. A la luz del proceso de extradición de Augusto Pinochet a España, un memorando infiltrado revela el grado al cual llegó Henry Kissinger para cubrir las atrocidades en Chile y ayudar al régimen del general Pinochet. De la complicidad de Kissinger siempre se sospechó, pero nuevos datos revelan detalles de la mayor importancia. Muestran cómo Kissinger apoyó a Pinochet mientras que cientos de prisioneros políticos estaban aún siendo encarcelados y torturados. Por ejemplo, en una junta de la OEA en Santiago, en junio de 1976, dijo a Pinochet: "En Estados Unidos, como sabe, simpatizamos con lo que usted está tratando de hacer aquí. Pienso que el gobierno anterior se estaba dirigiendo hacia el comunismo. Deseamos lo mejor a su gobierno". Sobre el asunto de los derechos humanos le expresó: "Trataré los derechos humanos en términos generales y en un contexto mundial... Diré que el asunto de los derechos humanos ha limitado las relaciones entre Estados Unidos y Chile. Esto es, en parte, resultado de las acciones del Congreso. Agre-

1959 —que ha sido todo un impedimento para la búsqueda de la supremacía estadounidense en la región— muestra que la intervención también creó condiciones para impulsar el cambio sociopolítico y en algún sentido una esperanza de democracia. Aunque las razones para que se diera la Revolución cubana en un modo tan particular son en su mayoría endógenas, no se puede negar que el factor exógeno representó una gran influencia. No era tan sólo que el modelo (exitoso) del *Pbsuccess* fuera usado para llevar adelante la operación *Mongoose*.<sup>765</sup> Se trataba de otro escenario. El hecho mismo de que el proceso de Guatemala ocurriera y terminara como lo hizo ya significaba una contribución al lanzamiento del movimiento revolucionario cubano. Esta utilidad consistía, irónicamente, en que el liderazgo de la Revolución cubana (como también había ocurrido con Arbenz) llegó a la conclusión de que cualquier movimiento nacional hacia el cambio sociopolítico debía ser autónomo y relativamente independiente. Esto quedó demostrado por la originalidad de la Revolución de Octubre en Guatemala y lo instrumentó, hasta 1962 —cuando sus vínculos con la URSS fueron obvios—, la Revolución cubana.

La tradición política de occidente ha dominado la historia americana moderna. Estados Unidos es la primera expresión consolidada de esta tradición. Al mismo tiempo, el proceso político interno de América Latina —*l'extreme occident*— no estaba exento de esta realidad. Es más, tanto el proceso de independencia como la revolución en esta parte del continente estaban permeados en gran medida por las tradiciones políticas occidentales, que dieron como resultado acuerdos constitucionales que recuerdan a las convenciones francesa, española y estadounidense. Demócratas como Arévalo y Arbenz elogiaban los principios políticos de Roosevelt, como lo hicieron en un principio Fidel Castro, Ernesto “Che” Guevara y muchos otros en su lucha por alcanzar la consolidación de sus *sociedades imaginadas*. Estos líderes latinoamericanos tenían derecho a ser considerados parte de la tradición democrática occidental, y también reclamaron ser el sostén —como

garé que espero que remueva esos obstáculos... no puedo hacer menos que eso sin producir una reacción en Estados Unidos que llevará a restricciones legislativas. El discurso no está dirigido a Chile”. Véase “Kissinger Covered up Chile Torture”, *The Observer*, 28 de febrero de 1999, p. 3.

<sup>765</sup> El nombre en clave, para la CIA, de la invasión a Bahía de Cochinos.

Robert Kennedy reclamó para su propio país— del liderazgo moral que sostiene el desempeño de las acciones políticas.<sup>766</sup>

Con todo, la similitud político-cultural entraba en conflicto con la tradición de las políticas de poder establecidas en la región. Aun cuando se suponía que las “dos Américas” eran similares, este mito se contradecía al estar la parte sur eclipsada por la posibilidad de una nueva *misión civilizatoria* (angloamericana). Ser “similar” hasta ese punto era para Iberoamérica una amenaza, puesto que jugaba el papel inferior en la competencia de poder. Aun así, estaba reducida a ser “igual” en tanto y en cuanto concernía a las prioridades estadounidenses de seguridad.

Por esta razón, las “dos Américas” debían ser similares en el nivel geopolítico, pero diferentes en términos de su derecho a asegurar sus medios para el desarrollo nacional y el progreso político: eran países individuales sólo en tanto fueran fragmentos “no significativos” de un todo confuso. Guatemala representaba la expresión final de esta contradicción de la Guerra Fría, y en 1959 Cuba condujo la primera rebelión cohesionada contra un orden que impedía a los Estados alcanzar soluciones endógenas a la paz y la prosperidad. Por lo tanto, el éxito de Estados Unidos en Guatemala fue el antecedente inmediato de su fracaso en Cuba. Esto es de gran importancia, sobre todo para entender que este rompimiento histórico se deriva de la misma tradición, que con una mano afirma y con la otra niega. Esta tradición conserva una gran vigencia en nuestros días y queda de manifiesto en el discurso de guerra que presentó el presidente George W. Bush con motivo de la ofensiva militar contra Irak preparada con el propósito primordial de derrocar a Sadam Hussein. Sólo que en esta oportunidad la intervención y el concepto mismo de guerra, así como del enemigo a vencer se banaliza:

...por un lado, se reduce la guerra a la condición de acción política y, por el otro, se sacraliza el nuevo poder que puede ejercer legítimamente funciones éticas a través de la guerra [y se convierte] en una actividad que se justifica a sí misma. En este concepto de la guerra justa se combinan dos elementos dis-

766 Eisenhower reconoció que Castro era “un héroe de masas”; véase Brown, *The Faces of Power*, p. 131. Robert Kennedy declaró en su discurso de aceptación de la candidatura para la presidencia, que Estados Unidos tenía el “derecho al liderazgo moral de este planeta” (lo cual ciertamente recuerda la afirmación de Clinton sobre la “imprescindibilidad” de Estados Unidos para el mundo democrático, o el discurso de George W. Bush hijo al referirse al “eje del mal”). Sobre Robert Kennedy véase David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Nueva York, Random House, 1972, p. 41.

tintivos: primero, la legitimidad del aparato militar, siempre que tenga una base ética y, segundo, la efectividad de la acción militar para lograr el orden y la paz deseados... el enemigo, al igual que la guerra misma, llega a banalizarse (se lo reduce a un objeto de rutina de la represión política) y a absolutizarse (como el Enemigo, una amenaza absoluta al orden ético).<sup>767</sup>

Una contribución importante de este libro ha sido elucidar cómo el movimiento por el cambio político y social en Guatemala *et al.*, representó la primera acción significativa en occidente en la refutación de los fundamentos de las políticas de poder posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Por estas razones los desenlaces revolucionarios representaron una novedad y también una amenaza al orden constituido.

El drama guatemalteco contribuyó a la precipitación de las contradicciones mencionadas (afirmación y negación). Una de las manifestaciones más importantes de estos dos procesos fue la emergencia del revolucionario argentino, el “Che” Guevara, cuya radicalización ocurrió precisamente mientras estaba en Guatemala en una de sus expediciones; cuando Arbenz fue depuesto era un “turista revolucionario”. Éste fue el caso de dos hombres de diferentes ideologías que nunca se encontraron durante el mandato de Arbenz, pero que se encontrarían más adelante, cuando la Revolución cubana asumiera el poder. Sus vidas estuvieron marcadas por la formidable empresa de romper las rígidas estructuras económicas y políticas de los países latinoamericanos y confrontar la excesiva ansiedad estadounidense por adquirir un control completo del continente. Si existe alguna similitud a ser señalada entre Arbenz y Guevara (y por lo tanto, entre los movimientos guatemalteco y cubano) ésta es que a pesar de sus diferentes enfoques estratégicos en el uso de los medios, los fines de su lucha eran, en principio, sorprendentemente similares: ambos, cada uno a su manera, fueron responsables de reforzar una nueva tradición política, por medio de la cual la independencia nacional y el reformismo radical eran los dos rasgos principales de su acción política. Ambos hombres pertenecieron a un mismo tiempo político. Igualmente, su derrota refleja el fracaso de América Latina en encontrar un camino para el desarrollo alternativo al *American way*.

Guevara se unió a Castro con la profunda convicción de que Guatemala había significado para él una lección muy valiosa. Le dijo: “No podemos garantizar la revolución antes de haber limpiado a las fuerzas armadas. Es necesario remover a cualquiera que pudiera ser un peligro. Pero es

767 Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 29.

necesario hacerlo rápido, ahora mismo”.<sup>768</sup> La ironía de todo esto es que la experiencia de Guevara en Guatemala era más que una mera oportunidad para volar a México a encontrarse con los revolucionarios cubanos. Él también había tenido ocasión de observar desde una posición privilegiada los caminos de la reforma económica y política y las dificultades endógenas y exógenas de un programa como ése a la luz de los intereses estratégicos de Estados Unidos profundamente arraigados. Lo que demostró el asunto Guatemala, entre otras cosas —y Guevara nunca olvidaría esta lección—, fue que incluso una reforma social moderada era considerada sospechosa por parte de Estados Unidos, y por lo tanto era imposible realizarla con éxito mientras se esperara la aprobación de Washington para poder implementarla.<sup>769</sup> En consecuencia, la experiencia guatemalteca iba a ser central en el desarrollo del antiimperialismo guevarista y sus teorías radicales sobre la guerra de guerrillas que pondría en práctica en la Sierra Maestra.<sup>770</sup> En un artículo titulado “Yo vi la caída de Jacobo Arbenz”, que escribió mientras colaboraba con la defensa popular guatemalteca, impotente contra la invasión de Castillo Armas, concluye con la siguiente frase: “la lucha comienza ahora”.<sup>771</sup>

768 Citado en Schlesinger y Kinzer, *op. cit.*, nota 295, p. 184; también en Gleijeses, *op. cit.*, nota 284, p. 372, y Blasier, Cole, *op. cit.*, nota 478, p. 178. Véase también Immerman, *op. cit.*, nota 27, pp. 187-189. Para un relato de la experiencia del Che en Guatemala, véanse las memorias de su primera esposa: Hilda Gadea, *Ernesto: A Memoir of Che Guevara*, Londres, W.H. Allen, 1973, pp. 54-57.

769 En una réplica al escritor argentino Ernesto Sábato, en la que Guevara analiza el destino de la “revolución libertadora” en América Latina, recuerda que la libertad del mundo, para bien o para mal, ha sido “dejada atrás en una Guatemala que acabo de ver traicionada y decepcionada”. Ernesto “Che” Guevara, *Obras, 1957-1967*, La Habana, Casa de las Américas, 1970, p. 676.

770 La Sierra Maestra fue el principal teatro de operaciones de la insurgencia cubana. Para más información sobre la guerra de guerrillas véase Guevara, *Obras*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1972; del mismo autor, *La guerra de guerrillas*, La Habana, Talleres del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), 1961.

771 La frase fue recogida por Hilda Gadea. El primer artículo político de Guevara nunca se encontró. Según el relato de Gadea, “tenía alrededor de diez o doce páginas. Desafortunadamente sólo hice una copia [Guevara le dictó el artículo a Gadea]; él retuvo el original y yo me quedé con la copia. Las circunstancias especiales que siguieron, la persecución sufrida por Ernesto y mi estancia en la cárcel provocaron la pérdida de ambos ejemplares”. Hilda Gadea, *op. cit.*, nota 768, pp. 54 y 56.

Posteriormente, en vista de la determinación de Washington de luchar contra la supuesta amenaza del comunismo en el continente, y en el contexto de la victoria de Estados Unidos en la Operación *Pbsuccess*, Guevara declaró ante el Congreso de Jóvenes Latinoamericanos que tuvo lugar en La Habana en el verano de 1960, en donde Arbenz estaba presente:

Nos gustaría extender un saludo especial a Jacobo Arbenz, presidente del primer país latinoamericano que no temió levantar su voz contra el colonialismo; un país que, en una reforma agraria valerosa de largo alcance, dio expresión a las esperanzas de las masas campesinas. Nos gustaría también expresarle nuestra gratitud y a la democracia a la que dio camino, por el ejemplo que nos dio y por la aguda valoración que nos permitió hacer sobre la debilidad que ese gobierno fue incapaz de superar. Esto nos permite a nosotros llegar hasta las raíces del problema y decapitar a aquellos que tienen el poder y a sus lacayos de un solo golpe.<sup>772</sup>

¡Una declaración realmente radical! Pareciera que éstos eran los tiempos de un estado de guerra no declarado, que impactaba la existencia política de todo el continente. La historia, que no pide permiso, había reunido en el mismo tiempo histórico a dos hombres cuyo destino sería concluir sus vidas trágicamente en la búsqueda de unas pocas respuestas esenciales a las muchas preguntas básicas sobre el futuro del continente.<sup>773</sup> La

772 Immerman, *op. cit.*, nota 613, p. 651. El comentario permanente del Che era: “Fui y sigo siendo un gran admirador del gobierno de Arbenz”, en Immerman, *op. cit.*, nota 27, pp. 187 y 195; véase también Gleijeses, *op. cit.*, nota 284, pp. 372 y 391. Schlesinger y Kinzer dijeron que “Guevara llegó originalmente a Guatemala en enero de 1954, atraído por el clima de reforma social... Cuando comenzaron las redadas aéreas, se ofreció para ir al frente... Intentó sin éxito organizar unidades para cuidar la capital. En las horas finales, ayudó a mover un escondite de armas hasta una supuesta brigada de resistencia. Después de la caída de Arbenz, pensó que el ex presidente debía retroceder hacia las montañas con una banda de trabajadores armados y campesinos y pelear indefinidamente”; véase Schlesinger y Kinzer, *op. cit.*, nota 295, p. 184. Guevara, de acuerdo con la versión de Gadea, “estaba absolutamente seguro” de que si Arbenz hubiera armado a la gente su gobierno no hubiera caído: “Creo que si Arbenz repudia a su personal en general y va detrás del apoyo de la gente, dándoles armas, puede subir a las montañas y pelear sin importar cuántos años dure”. El relato de Gadea está en *Ernesto: A Memoir of Che Guevara, cit.*, nota 768, pp. 53 y 57.

773 Informes de prensa revelan que cuando Arbenz se exilió en México, “su bienvenida fue fría: las autoridades mexicanas eran sensibles a las presiones de Washington y tenían, en todo caso, pocas simpatías por el rojo Jacobo... Ellos querían quitarse de encima a Arbenz... Entonces, cuando les dijo en diciembre de 1954 que quería ir a Europa por unas pocas semanas, le prometieron que se le permitiría regresar, pero cuando intentó volver, la

máxima de José Martí, al parecer, aún vivía en la imaginación colectiva: “Ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América [dijo Martí], sino de sí misma”.<sup>774</sup>

¿Qué pasó con Estados Unidos?, ¿realmente aumentó su seguridad a partir de la intervención en Guatemala? La caída de Arbenz impactó al dinamismo político de la región y del proceso político en algunos otros países de América Latina. Por un lado, estimuló y realineó a los movimientos políticos que con el tiempo se convirtieron en subterráneos, como lo demostró el caso Guatemala, puesto que muchos civiles entraron a organizaciones de guerra de guerrillas. Por otro lado, el derrocamiento de Arbenz radicalizó a algunos regímenes nacionales conservadores, cuyas principales propuestas eran un furioso anticomunismo y un fuerte autoritarismo militar. Esto se puede observar en una serie de golpes de derecha pro estadounidenses que tuvieron lugar a partir de los años sesenta en toda la región. En otras palabras, el complot CIA-Castillo Armas renovó la versión del tipo de autoritarismo tradicional en la zona. Por tanto, Guatemala es relevante para entender la polarización del proceso político en todos aquellos países que necesitaban una reforma sociopolítica radical. Ésta es la verdad de toda la región centroamericana —con la excepción relativa de Costa Rica— y de todo el cono sur entre los años sesenta y los noventa.<sup>775</sup>

En lugar de resolver aspectos decisivos de la confrontación de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la URSS, la intervención en el nivel panamericano se podría decir que los empeoró, indirectamente a través de los

embajada mexicana en París se negó a darle la visa... En 1970 se le permitió regresar a México, pero con una visa que debía renovar cada seis meses. Mi deseo es vivir mis últimos meses de vida cerca de Guatemala”, dijo a los periodistas en octubre. Murió el 27 de enero de 1971, en México, un hombre solo. Véase Gleijeses, *op. cit.*, nota 284, pp. 390 y 392.

<sup>774</sup> José Martí, *Nuestra América*, *op. cit.*, nota 1, p. 212. También del mismo autor, *Our America: Writings on Latin America...*, *op. cit.*, nota 1, p. 102. Otro libro interesante de Martí sobre el tema de América y América es *Inside the Monster ...*, *op. cit.*, nota 1. Véase también la introducción de este libro.

<sup>775</sup> El orden autoritario institucionalizado en México, derivado de los arreglos constitucionales posrevolucionarios de 1917, explica en cierta medida el porqué México no enfrentó una revolución radical durante esta etapa. Sin embargo, la negativa a una democracia plena por parte de un sistema de partido dominante en el país resultó en movimientos de guerrilla urbanos y rurales en los setenta, que fueron neutralizados, tanto por la represión, como por una cooptación estatal eficiente. El resultado reciente más significativo del autoritarismo mexicano ha sido la emergencia del neozapatismo, el EZLN, en el sur, el llamado primer movimiento guerrillero posmoderno de fin de siglo.

acontecimientos en Cuba entre 1959 y 1962, pero también radicalizando de diferentes maneras los movimientos internos en toda América Latina, y empobreciendo aún más el contexto ideológico y político (liberal) en lo que se refiere a los movimientos sociopolíticos reformistas. Esto también creó condiciones difíciles para una tranquila interacción en el futuro entre Estados Unidos y los países latinoamericanos; en sustancia, este hecho representó una traición fundamental al proyecto democrático, desde el cual la potencia habría construido sus opciones de modernidad.

La consistencia de la política de Estados Unidos en relación con las revoluciones y el cambio sociopolítico era demasiado evidente. Con todo, apareció una inconsistencia: Estados Unidos aplicó indiscriminadamente —y a expensas de la coherencia estratégica de su política exterior— los mismos supuestos en un caso y en otro (Irán y Grecia, Guatemala y Cuba, y más adelante Chile y Nicaragua), sin considerar las condiciones específicas que yacían detrás de los procesos de cambio y con una considerable falta de éxito. Como resultado, se recurrió a la intervención externa en muchos niveles del sistema político como única respuesta para las crisis sociopolíticas. Desde 1954 se extendió el énfasis en las operaciones secretas, que se usaron para combatir (con diferentes niveles de éxito) contra Castro en Cuba desde 1961 en adelante, contra Allende en Chile en 1973, y con la Nicaragua sandinista desde 1979. Estas políticas causarían a Washington más problemas de seguridad de los que resolvió.<sup>776</sup>

Como se expuso en este libro, en buena medida se superó la debilidad de la política de Estados Unidos usando la bandera del anticomunismo y el antisovietismo para enmascarar la necesidad compulsiva de intervenir y para llenar las necesidades de las políticas de poder. Con excepción del caso de la crisis de los misiles en Cuba, se demostró que la Unión Soviética no estaba originalmente involucrada en forma directa en los asuntos latinoamericanos, no al menos como trató de presentarlo Estados Unidos, hasta después de la consolidación de la Revolución cubana. A partir de las acusaciones infladas en contra del “comunismo guatemalteco”, tal cargo fue un prospecto mucho más auténtico en la situación cubana, para el pesar de Estados Unidos y para la consternación de sectores importantes de la clase política latinoamericana. La paradoja, dada la diestra vigilancia demostrada por el sistema de seguridad de Washington, es que no pudiera predecir este desenlace. De acuerdo con el relato de J. L. Anderson, aún es

<sup>776</sup> Véase McClintock, *op. cit.*, nota 629, pp. 22 y 23.

un enigma cuándo ocurrieron los primeros contactos entre los líderes del Movimiento 26 de Julio y los soviéticos. Anderson plantea:

[...es] un misterio que ha perdurado al paso de los años... Aunque el “involucramiento” es probablemente un término demasiado fuerte, los primeros contactos entre... los revolucionarios de Castro y los oficiales soviéticos tuvieron lugar en la ciudad de México durante el verano de 1955. Por una curiosa coincidencia, un oficial del Ministerio del Exterior soviético de 27 años, a quien Raúl Castro había conocido dos años antes, también estaba en la ciudad de México [cuando el Castro más joven ya residía después de su liberación de prisión].<sup>777</sup>

Desde entonces, la gran pregunta parecía ser cómo se adaptaría Estados Unidos a tener el comunismo en su “patio trasero”, una de las más grandes humillaciones sufridas por este país, el gran protagonista de la cruzada anticomunista. ¿Estaba sufriendo Estados Unidos, en su propio “Mediterráneo caribeño”, una respuesta en la medida de su propia falta de entendimiento de la historia, y por tanto, de la fragilidad de su política exterior?

Después de todo, en Washington había un profundo consenso posguatemalteco en relación con su acercamiento a Centroamérica. La invasión de Bahía de Cochinos en 1961 fue planeada por Kennedy; y fue sólo la incompetencia en su ejecución, que derivaba de los vicios de origen que le heredó Eisenhower, lo que llevó a las recriminaciones y a algunas reconsideraciones. El propio Eisenhower declaró que “la aparente causa principal del fracaso [de la invasión de Bahía de Cochinos] fueron los vacíos en nuestra inteligencia”, y agregó que “ciertamente hay factores que hoy no conocemos, que finalmente van a salir a la luz bajo un escrutinio. El propósito de éste no es encontrar algún chivo expiatorio, porque el presi-

<sup>777</sup> Véase Jon Lee Anderson, *Che Guevara: A Revolutionary Life*, Londres, Bantam Books, 1997, p. 173. La referencia es sobre Nikolai Leonov, quien había conocido a Raúl Castro en 1953 en el Festival Europeo de la Juventud. Después, cuando la expedición revolucionaria alcanzó su punto culminante y en los medios mexicanos se insinuaron sus vínculos con la embajada soviética, en ésta “hubo un desconcierto resultante de la publicidad no bien recibida acerca de los vínculos entre miembros del grupo de Castro con el Instituto Cultural Ruso-Mexicano. A principios de noviembre, Nikolai Leonov fue llamado de vuelta a Moscú como un «castigo» por iniciar contacto con los revolucionarios cubanos sin previa aprobación”. Véase *ibidem*, p. 206. Así, todavía en 1961 parece no haber evidencia de que existiera una influencia precisa de la URSS en el nivel estatal en el proceso cubano.

dente [Kennedy] parece aceptar toda la responsabilidad de su propia decisión, sino más bien encontrar y ampliar las lecciones para una posible acción futura”.<sup>778</sup> Cuando se llegó a una valoración general de la responsabilidad por el fiasco cubano, Eisenhower repitió “una generalización que he expresado en otras ocasiones: que cuando se trata de problemas de operaciones en el exterior, un americano tradicionalmente se para detrás de la cabeza constitucional, el presidente”.<sup>779</sup> El problema cubano, heredado por Kennedy, fue de hecho “inventado” en la última etapa de la administración de Eisenhower, siguiendo la línea general de que el problema creado por los revolucionarios podía evitarse, como en Guatemala, con una acción militar encubierta.<sup>780</sup>

#### V. LA HISTORIA SE REPITE A SÍ MISMA: LA TRÁGICA LECCIÓN DE GUATEMALA

La aventura de Estados Unidos en Cuba en 1961 no sólo fue un fracaso obvio sino que, al mismo tiempo, certificó el surgimiento de una tradición política de América Latina en contra de la intervención de Estados Unidos y fortaleció la estrategia intervencionista y antirrevolucionaria de Washington, que dismanteló a la “política del buen vecino” que había establecido Roosevelt. En buena medida, el golpe en Guatemala fracturó la tradición rooseveltiana en América Latina. La Alianza para el Progreso de 1963 parecía continuar esta tradición, pero en realidad fue el producto de los sucesos de Guatemala y luego de Cuba. La Alianza fue concebida como una respuesta a la Revolución cubana, que a su vez había sido en parte una reacción al uso de la fuerza de Washington en Guatemala. Su propósito era evitar la radicalización de los movimientos sociales y las revoluciones en el continente, inyectando recursos económicos en las eco-

<sup>778</sup> Ferrell (ed.), *The Eisenhower Diaries*, *op. cit.*, nota 574, pp. 386 y 387.

<sup>779</sup> *Ibidem*, pp. 387-389. Después del intento de invadir Bahía de Cochinos (Playa Girón para el *ethos* cubano), Kennedy se arrepintió de su error, sobre todo porque fue una derrota; si hubiera sido una victoria, probablemente ni siquiera la Alianza para el Progreso hubiera existido. Más tarde, esta contradicción irresuelta se reflejaría en el lanzamiento, por la administración Kennedy (1961-1963), de esta iniciativa económica.

<sup>780</sup> Véase Jutta Weldes y Diana Saco, Diana, “Making State Action Possible: The United States and the Discursive Construction of the «Cuban Problem», 1960-1994”, *Millennium* 25, núm. 2 (verano), 1996. Para más información sobre la responsabilidad de Ike (Eisenhower) en el experimento de Guatemala, véase Ambrose, *Eisenhower: The President...*, *op. cit.*, nota 399.

nomías nacionales. La ayuda fue también pensada para ser puesta a disposición de los presupuestos de defensa y seguridad. Kennedy estableció, como dice Rabe, que “su política de ayuda militar se enfocaría en la seguridad interna y en la acción civil. Su administración también expandió los programas de entrenamiento para los reformadores políticos latinoamericanos y líderes sindicales”.<sup>781</sup>

La única respuesta de Estados Unidos ante la agitación interna fue la ayuda militar y la asistencia económica condicionada. La paradoja —a la luz del asunto Guatemala— no podía ser más típica. Como mencionó Guevara en la Conferencia Económica Interamericana realizada el 16 de agosto de 1961 en Punta del Este, Uruguay, esta nueva política de Estados Unidos irónicamente persigue precisamente los mismos cambios reformistas (en lo que a la reforma agraria se refiere) que la administración de Eisenhower había ayudado a destruir en Guatemala en 1954.<sup>782</sup> Como se ha visto en este libro, si Guatemala fue el fin de lo que había comenzado como una estrategia sistemática y seria de los representantes democráticos de una elite política, cuyo principal objetivo era la modernización política y el progreso económico, el modelo cubano iba a agregar a esto un cambio gradual —para los estándares latinoamericanos, extremo— hacia la transformación radical del proceso sociopolítico y de la naturaleza del régimen político. Por tanto, la Revolución cubana fue en sus inicios una respuesta histórica refrescante a la rigidez autoritaria promovida por Estados Unidos prevaleciente en el continente.

De hecho, la operación misma en Guatemala fue el comienzo del fracaso de Estados Unidos en Cuba y, en lo sucesivo, en otros países (centroamericanos) del continente. Por un lado, la Revolución cubana vino a demostrar una nueva manera de resolver los obstáculos que Arbenz supuestamente no había visto en su confrontación con Washington, y por

<sup>781</sup> Véase Rabe, *op. cit.*, nota 22, p. 149, y Eduardo Frei-Montalva, *op. cit.*, nota 31, pp. 437-448. Frei-Montalva, ex presidente chileno, argumentaba que incluso aunque la Alianza trajera muchos cambios beneficiosos, el problema era: “que lo que era fundamental para la Alianza para el Progreso —un acercamiento revolucionario a la necesidad de reforma— no se había conseguido... Muchos gobiernos latinoamericanos habían usado a la Alianza como palanca de negociación para incrementar la ayuda estadounidense, precisamente para no tener que cambiar su situación nacional. Estos gobiernos se habían comprometido a realizar reformas internas que, más tarde, conscientemente dejaron que se convirtieran en cartas muertas o peor, que fueran completamente controladas o usadas en beneficio de los que estuvieran en el poder”. *Ibidem*, pp. 442 y 443.

<sup>782</sup> Véase Guevara, *Obras, 1957-1967, cit.*, nota 769, pp. 420-468.

el otro, éste se volvió el tema principal y más amargo de la agenda de todos los hacedores de política exterior de Estados Unidos, desde Dulles en adelante. Como declaró Guevara, la Revolución cubana “hizo que le hirviera la sangre de furia a los imperios del mundo, y de esperanza a los desprotegidos del mundo”.<sup>783</sup>

Si bien es correcto decir que “la historia es toda la memoria del mundo”, es relevante subrayar con Veyne que “los acontecimientos cuentan por dos, incluso si se repiten, porque éstos ocurren en dos momentos diferentes. Aquí, descubrimos la verdad en el reconfortante mito del periodo incomparable”. Esto es un reconocimiento razonable del valor de la historia entendida como la invención de las diferencias: “...nuestro mito favorito es el de un periodo, el periodo y su inefable originalidad. A su manera, este mito expresa nuestra doble pretensión, una invención de todos los eventos y una individualización de cada acontecimiento. Ningún acontecimiento se duplica, y ningún acontecimiento es reducible a una abstracción”.<sup>784</sup>

En consecuencia, Guatemala fue para Cuba lo que Cuba fue para la tradición posterior (sea ésta insurreccional o no) en el continente. De ahí tenemos, a la luz de estos dos casos y sus especificidades respectivas, dos arquetipos paradigmáticos con los que se puede entender la política latinoamericana. Lo que sigue abre una oportunidad para sugerir un contexto final para este libro, en sí misma una conjunción de un clima ontológico y una crítica al método de Estados Unidos para ejercer el poder en el contexto de los asuntos interamericanos. En efecto, Paz nos convida en esta oportunidad con la siguiente lección de historia:

783 *Ibidem*, p. 431. Está visto que la Cuba revolucionaria no produjo ningún resultado democrático. En el curso de los años, desde el caso Padilla, el régimen cubano recrudesció la represión contra la disidencia y anuló las opciones de democratización social y política. Ciertamente, el bloqueo de Estados Unidos (plenamente condenable) en mucho tuvo que ver para que el gobierno cubano justificara este círculo perverso que ha devenido en un mayor endurecimiento de los rasgos totalitarios del sistema político cubano; hasta aquí llegó la esperanza democrática que produjo la revolución. Si bien en un principio el cambio en Cuba representó un signo alentador, lo cierto es que con el paso del tiempo este modelo se agotó en el límite mismo de su incapacidad democrática y la profundización de las formas autoritarias del régimen, al grado de que hoy se vive un periodo —quizás el más grave de toda la historia revolucionaria— de deterioro y decadencia del cual difícilmente podrá salir con éxito La Habana.

784 Veyne, *op. cit.*, nota 45, pp. 186 y 187, 189.

...para todas las civilizaciones, los bárbaros han sido, invariablemente, hombres “fuera de la historia”. Esta condición de estar “fuera de la historia” siempre se ha referido al pasado: la barbarie es pura anterioridad, la condición original verdadera de los hombres ante la historia [... los Estados Unidos son] un país sin ruinas. Lo que es más sorprendente es que los americanos, con algunas raras excepciones, aceptaron este veredicto: un pueblo “fuera de la historia” era un pueblo bárbaro. De ahí que se empeñaran por todos los medios posibles en justificar su anomalía... Hoy, gracias a la aparición inesperada de la decadencia, la anomalía histórica ha terminado y los Estados Unidos han entrado a la normalidad... son parte —y una parte esencial— de la crisis general de la civilización.<sup>785</sup>

No queda claro, sin embargo, si la repentina entrada de Estados Unidos en la historia y la pérdida de su estatus anómalo —estar “fuera de la historia”— lo va a guarecer de las ruinas de su pasado político y va a transformarlo en el futuro, en este sistema mundial de hoy, unipolar y, además, aún conflictivo. Washington puede, por lo tanto, ser incapaz de trascender las limitaciones de lo que históricamente ha sido su entendimiento de América Latina y el mundo y del cambio político en la región, sintetizado en su poco feliz intervención en Guatemala. En tales circunstancias, Estados Unidos estaría, una vez más, incurriendo en la ceguera política que tanto ha caracterizado su política exterior en el mundo en desarrollo.

785 Paz, Octavio, *op. cit.*, nota 10, pp. 22, 23 y 27.